

El Acosador

Lin Marrod

1.

Siempre he sido muy buen observador. Algunas veces he pensado que es un don, pero muchas otras, que es una maldición.

Descubrir la tristeza en los ojos de la gente, interpretar su lenguaje corporal y leer las desdichas ocultas bajo sonrisas fingidas es algo que nunca he podido evitar.

No elegí ser como soy. Aprendí desde muy pequeño a detectar la menor señal de alarma en el comportamiento de una persona. Tuve que hacerlo, porque de ello dependía mi vida.

Por motivos que hasta la fecha no he logrado entender, mi don me falló cuando más lo necesitaba: me enamoré de la mujer equivocada. No lo vi venir, y cuando quise darme cuenta de mi error, ya no había vuelta atrás.

El día que sentí el deseo de apretarle el cuello, supe que mi cordura estaba en juego. Me horrorizaron mis pensamientos violentos. Yo no era ese hombre, no quería serlo. Me prometí a mí mismo que amaría a las mujeres, que las veneraría y respetaría sin importar cuánto pusieran a prueba mi paciencia y buena fe.

Me cansé de lidiar una y otra vez con los mismos problemas y di un paso atrás: rompí todo lazo con ella en bien de mi tranquilidad espiritual.

No quiero a otra mujer así en mi vida. Decidí esperar a la que se atreva a sumergirse en mi alma para descubrir el amor que a nadie he podido dar. Mientras la sueño llegar, las aves me acompañan; encontré en observarlas la calma que necesitaba.

Aquel día desperté sin imaginar que ese sería el primero de una nueva vida. Me dirigí a un bosque recién descubierto. Era el lugar ideal. Con la migración, mi entretenimiento favorito llegaba al punto culminante.

Salí del camino de grava y me adentré en el grupo de olmos. Me senté al pie de un árbol y limpié los prismáticos. Un trino desconocido me llamó la atención. Enfoqué en su dirección y mi visión se llenó con una melena rubia.

Ella estaba sentada en el banco del sendero. Tenía los pies recogidos, se abrazaba las rodillas y apoyaba la cabeza en ellas. El lacio cabello le rozaba la cadera.

Esa imagen vulnerable despertó mi instinto protector. Mantuve los prismáticos fijos en ella: había algo sospechoso en su abandono. La calma que emanaba llegó a asustarme. Ni siquiera percibía el movimiento de sus hombros por la respiración.

Estaba decidido a acercarme, pero cambié de idea cuando levantó la cabeza. Lo que vi me hizo tragar saliva. En esos hechizantes ojos azules estaban las tres “Tes”: tristeza, tormento y temor. Lo supe porque era como verme al espejo en el peor de mis días.

Cuando ella miró a ambos lados del sendero, me escondí detrás del tronco a riesgo de parecer un acosador. Me estremeció el grito que salió de su garganta. Jamás había escuchado a alguien gritar así.

Olvidé las aves cuando se cubrió el rostro con las manos y lloró desconsolada. A medida que sus hombros temblaban, se encogía cada vez más en el banco. Luché contra la tentación de acercarme; habría sido una locura.

No podía escuchar su llanto, porque estaba demasiado lejos; pero lo sentía en cada poro de mi piel. Las lágrimas de una mujer eran mi criptonita.

Mil teorías me llenaron la cabeza. La preocupación creció gradualmente con cada una de ellas. Nada bueno auguraba el comportamiento de la desconocida.

Minutos después, dejó de llorar, se levantó y se limpió el rostro. Se marchó como si nada hubiera pasado. Yo no pude resistir el impulso de seguirla. Tenía que saber quién era y descubrir la causa de su desdicha.

Manteniendo la distancia, la vi entrar en una impresionante casa situada en el borde del bosque. Solo había cinco construcciones en ese exclusivo paraje. Nunca me había fijado en ellas ni en sus ocupantes.

Ese día, esa mujer convirtió a un observador de aves en un acosador. No estaba a gusto con eso, pero la curiosidad me pudo,

al igual que el sentimiento que su momento de debilidad había despertado en mí.

Recorrí el lugar y encontré el escondite perfecto. Desde mi sitio de observación, descubrí dos niños jugando en una de las habitaciones, sin duda, gemelos.

A punto de anochecer, llegó un hombre. Ver la manera en que la besó en la cocina y el gesto de ella cuando él se marchó, dispararon todas mis alarmas. Para otra persona quizá hubiera pasado desapercibido, pero no para mí. Su comportamiento en el bosque comenzó a tener sentido.

Me fui a casa sintiéndome vacío. La impaciencia por volver carcomía mi sosiego. No dormí. Muchos recuerdos de la infancia atormentaron mi desvelo. El alba me sorprendió mirando el techo de la habitación. Sin saber a ciencia cierta si iba a encontrarla, puse en marcha el todoterreno y me comí el desayuno mientras conducía.

Tomando mil precauciones, llegué a mi escondite. Desde él, dominaba prácticamente toda la casa. Los grandes ventanales de cristal se convirtieron en mis mejores aliados.

Un suspiro de alivio se me escapó al verla aparecer en la cocina. Llevaba un pijama con diseño de ositos y corazones y el cabello recogido con algo que parecían palitos chinos. Me sumergí en su mundo. Se movía por la enorme casa como reina en sus dominios. Deseé ser ese hombre que apenas se tomó el café, ¡solo un puto café!, de un desayuno regio que ella había preparado con tanta habilidad que me recordó mi torpeza en la cocina.

Sonreí tontamente cuando ella apareció en la habitación de los niños y saltó sobre la cama. Rodaron sobre el colchón en un revoltijo de manos y piernas. Era una imagen con la que siempre había soñado para mí: una esposa, un hogar e hijos que completaran mi vida. Jadeé al imaginar que esa era mi realidad.

“Daría la mitad de mi vida por llegar a casa y encontrar una situación similar esperándome”, pensé.

Sus pies descalzos captaron mi atención. Me resultó tan íntimo ese detalle... Di gracias mentalmente al arquitecto que

diseñó la casa, pues me permitía ver a mi dulce desconocida en la mayoría de las habitaciones.

Se dirigió con una taza de café a una pequeña salita. Estaba situada en la esquina noroeste. Las paredes que daban al exterior eran todas de vidrio. En el momento en que me preguntaba que hacía allí, ella miró hacia el bosque. Pensativa, se bebió el café y salió de la pequeña habitación.

Apareció cinco minutos después con un caballete que colocó junto al vidrio. El lienzo, sobre la estructura de madera, quedó expuesto a mi mirada. El objeto de mi adoración había plasmado sus sentimientos en ese cuadro. Era oscuro y retorcido. Cada una de las formas pintadas sobre la tela parecía gritar por ayuda.

Sin darme cuenta, me había erizado de pies a cabeza. Segundos después, descubrí por qué era tan vívida esa pintura. Ella pintaba mientras lloraba sin consuelo, el pincel bailaba con furia sobre el lienzo, como si quisiera rasgar todo a su paso.

Aparté la vista. No podía presenciar el momento en que la mujer dulce, alegre y cariñosa que minutos antes jugaba con los niños, se desmoronaba dando paso a un alma atormentada que parecía estar al borde del suicidio.

Ya no me quedaban dudas. No la había encontrado por casualidad. Me necesitaba tanto como yo a ella. Después de haber visto esa escena, no podría alejarme ni aunque lo intentara con todas mis fuerzas.

Él regresó, y yo volví a casa de mala gana. Tenía un hambre atroz. El día había pasado y, observándola, olvidé comer y beber. Había olvidado hasta mi propia vida, porque si me hubiera descubierto algún millonario de los que vivían a la redonda, me hubiera disparado y alegado defensa propia.

Aun así, decidí que regresaría. El riesgo de muerte era nada comparado con la sensación en mi pecho cuando imaginaba que no volvería a verla. Necesitaba saber con certeza por qué una mujer con una vida perfecta había gritado hasta quedarse sin fuerzas en un apartado sendero del bosque.

2.

Era mi quinta semana de observación. Deseé que alguien le explicara a mi bella desconocida que su modo de vida, sus rutinas, eran su mayor enemigo. Sabía exactamente dónde encontrarla a cada hora del día. Ella era como un reloj perfectamente sincronizado. Una presa fácil a un loco como yo, porque a esas alturas no me quedaban dudas, estaba más loco de lo que pensaba.

Había movido todas mis influencias para descubrir quién era ella y seguía en el mismo punto. Me preocupaba que en un mundo digital, la búsqueda visual que hice no encontrara una sola foto suya. No parecía lógico, dado el status social que saltaba a la vista. Seguí investigando. Me aferré a una última esperanza de éxito antes de entrar en pánico. Tenía pruebas suficientes para saber que en esa casa las cosas no eran lo que parecían.

Si antes estaba decidido a saberlo todo sobre ella, ahora estaba seguro de que observarla no sería suficiente. En mi desesperación, había tomado una decisión extrema. La esperé en el súper. Su primera visita siempre era al pasillo de los lácteos y ese era el lugar ideal para dejar una nota en el bolsillo trasero de sus jeans.

Cuando se detuvo con esa expresión de niña curiosa a leer el envase de la nueva marca de yogur, tomé mi oportunidad. Aunque lamentaba perderme la expresión de su rostro cuando leyera la nota que le había escrito con mano temblorosa.

La noche me sorprendió. Regresé a casa y, acostado en la cama, los detalles del encuentro en el súper, tres días atrás, invadieron mi mente.

Fui de los primeros clientes. Merodeé por todos los pasillos mientras la esperaba. No necesité verla para saber que había llegado. Mi cuerpo detectó su aura a kilómetros. Caminé hasta la nevera de los helados y sonreí al ver que se detenía frente a los nuevos productos. Suspiré cuando ladeó la cabeza y se mordió la uña del dedo pulgar, mientras analizaba las etiquetas. Ella acostumbraba a ir cada dos días y me encantaba verla allí. Se

relajaba, como cuando tarareaba sola en la soledad de su cocina o cuando jugaba a las cosquillas con los niños.

Yo no era el único que disfrutaba su presencia. Al viejo conserje también se le iluminaba el rostro al verla aparecer y ese día descubrí el motivo. De todas las personas que visitaban el lugar, ella era la única que le devolvía los buenos días y se detenía a cruzar alguna que otra palabra con él. Envidiaba a ese viejecito de rostro bondadoso, pero estaba decidido a cambiar mi suerte.

El conserje se acercó a ella, ansioso como yo, de escuchar su voz y disfrutar su sonrisa. Era mi momento. Caminé hacia ellos y rocé al anciano, lo justo para crear una pequeña confusión que me permitiera deslizar la nota en el bolsillo de sus jeans. Ella se lanzó a sostenerlo y nuestros rostros quedaron a escasos centímetros. El conserje, sujeto por ambos, nos miró con cara de circunstancia, o eso me pareció. Yo no podía pensar con claridad, estaba hipnotizado por los ojos azules que me miraban interrogantes.

—Me entretuve mirando la etiqueta —dije a modo de justificación—. Lo siento.

—No se preocupe, señor —dijo el conserje—, estoy bien.

Ella me miró con cierto reproche, pero valió la pena, porque regresará a su casa con mi nota en el bolsillo. En cambio, yo necesitaría de todo mi conocimiento de yoga y meditación para calmar la hoguera que la chispa de sus ojos prendió en mi alma.

Mi yo egoísta e insaciable se impuso y aproveché la oportunidad de tentar la suerte.

—Lo invito a desayunar. También a usted, señorita.

—No puedo aceptar —musitó el anciano—, va contra las reglas.

—Yo le agradezco, pero debo regresar a casa —dijo ella, y agregó con seriedad—. Y es señora.

—Por favor, me haría muy feliz que desayunemos juntos —insistí, y miré al desconcertado conserje—. Si me permite, hago una llamada y resolvemos esto.

El anciano me miró con la boca abierta.

Ella apretó el asa de su bolsa de compra. He visto ese gesto de inseguridad tantas veces a través de mis prismáticos que no me pasó desapercibido.

Nunca le había pedido un favor a Jeremy, pero hoy lo necesitaba. Cuando pedí su autorización para desayunar con el conserje de su flamante súper, casi pude ver su cara a través de la línea. La de ella la tenía justo al frente y valía cualquier cosa que ese demonio de amigo me pidiera a cambio de un “inocente” desayuno.

Inseguro, el anciano cogió el móvil que le ofrecí. Asintió sin decir palabra. Ella no se había movido de su posición. Me miraba como si quisiera adivinar quién diablos era yo. Su momentáneo interés por mí fue más de lo que yo buscaba ese día.

Mis rezos estaban funcionando y deseé que fueran lo suficientemente convincentes, porque después de esa mirada, esa mujer desayunaba conmigo o el diablo vendería billetes. Sabía cómo lograrlo, conocía todas sus debilidades.

—Señora, desearía que cambiara de opinión y nos acompañara. A mi nuevo amigo le hará falta su presencia. Yo soy un desconocido, pero con usted parece sentirse cómodo y quisiera que disfrutara su desayuno. ¿Nos haría el honor de compartir al menos un café?

No me esperé su mirada. Ni siquiera dudó. Levantó la barbilla y asintió con una seguridad que me dejó con la boca abierta. Tuve que tragarme un gemido al ver la sonrisa que dirigió al conserje.

—Acepto. Soy Isabela. Nuestro amigo es el señor Patel.

—Soy William. Es un placer inmenso conocerlos —dije, y les señalé el camino hacia la cafetería.

Había resultado un día especial. Tenía compañía para desayunar, Isabela llevaba mi destino en el bolsillo de sus jeans y ese bondadoso señor se había convertido en algo “nuestro”. Fueron las palabras de ella. De solo recordarlas, mi día se iluminó.

Si hace un año alguien me hubiese dicho que experimentaría ese estado de ansiedad, de excitación; que no dormiría anticipando el placer de verla en la mañana, jamás lo habría imaginado.

Ella había socavado mis recuerdos. Sacó a la luz todo lo que deseé y que nunca experimenté. Me devolvió mis sueños de un hogar, hijos, un perro y una casita con jardín y valla blanca.

Había apostado mi futuro y mi felicidad a una pequeña hoja de papel. Mis objetivos habían cambiado. Ya no me conformaba con observar aves mientras esperaba a la mujer de mi vida. Hacía cinco semanas que había encontrado a la mujer de mi vida. Me propuse tentarla hasta que se diera cuenta de que yo era lo que le faltaba a su vida, aparentemente, perfecta.

Sabía la verdad que se escondía detrás de un matrimonio “envidiable” y una familia “feliz”. Era espectador diario, en primera fila, de una obra de teatro que estaba destrozando a mi preciosa desconocida.

A él lo odiaba mil veces más de lo que la amaba a ella, porque malgastaba su poder en destruirle la autoestima. Necesitaba someterla para sentirse hombre. Ni siquiera era capaz de recompensar adecuadamente su amor y lealtad.

También sentí lástima, porque iba a sacar a la luz la fuerza que esa mujer desconocía que tenía y, entonces, el juego estaría parejo. Deseaba ver su reacción cuando ella, por primera vez, no bajara la cabeza y lo mirara a los ojos con una luz nueva en su expresión, cuando exigiera más que las migajas que recibía a cambio de una entrega con la que muchos soñábamos, y que él era incapaz de valorar.

Recé cada día de la última semana. Había pasado mucho tiempo desde la última vez, pero necesitaba de todos los poderes para el éxito de mis planes. Ansiaba mostrarle a esa mujer, aunque me dejara la vida en ello, que tenía el poder suficiente para poner de rodillas a Alejandro Magno.

3.

El sonido inconfundible de la notificación me hizo saltar de la cama. Después de cuatro días insoportables, ella había tonado su decisión. Con el corazón acelerado, me senté ante el portátil. Dos palabras llenaron mi visión:

—¿Quién eres?

Aunque había repasado mi plan hasta el cansancio, me vi sin palabras. Temeroso de asustarla, de perder esa vía de comunicación, me encomendé a Dios y tecleé:

—Seré quién quieras que sea, Isabela.

Pasaron tres agónicos minutos antes de recibir su respuesta.

—¿Eres el hombre del súper?

Sonreí. La mujer de mis sueños no me había decepcionado.

—Lo soy.

—¿Por qué lo has hecho? ¿Qué quieres de mí?

—Quiero todo de ti, Isabela. Quiero a la mujer que has estado reprimiendo.

«Maldición, William. Eres un insensato», pensé.

Quería ir despacio, escoger con cuidado las palabras para no asustarla, y acababa de hacer todo lo contrario. Me recosté en la silla y esperé, resignado, las consecuencias de mi arrebato.

—No sabes nada de mí. Ni siquiera intentes juzgarme.

Sus palabras hicieron que me incorporara de golpe. Decidí jugarle todo a una carta.

—Eres un ave en jaula de oro. Te estás muriendo lentamente. La mujer que gritó en el sendero del bosque está pidiendo que la dejes al mando. Escúchala, es ahora o nunca.

La respuesta tardó dos segundos.

—¿Cómo sabes eso? ¿Quién eres?

—Lo importante es que lo sé, no cómo lo sé. Sabes quién soy, tú lo has dicho. Soy el hombre con el que desayunaste hace cuatro días.

—¿A cuántas mujeres le has hecho lo mismo?

—Me ofendes. Eres la única que me interesa. Me muero por ver a la mujer que puedo intuir en ti. Sueño con esa mujer.

—Eres un enfermo y yo una loca por seguir tu juego.

—Te equivocas tres veces. No soy un enfermo, más bien, soy tu sanador. No estás loca, solo desesperada. Esto no es un juego, es el inicio de un camino en el que vas a enfrentarte a ti misma hasta que recuperes tu verdadera esencia.

Golpeé la mesa de pura impotencia. Quería decirle todo eso a la cara. No me conformaba con imaginarla encogiéndose en su asiento al leer eso. Si la había observado bien, y sabía que lo había hecho, debía estar mordiéndose la uña del dedo índice izquierdo.

Me levanté por mis cigarrillos sin quitar la vista del portátil. Regresé y me senté. Los minutos pasaron mientras yo miraba fijamente el chat. No estaba escribiendo. Temí que las anteriores fueran sus últimas palabras.

Estaba aplastando el cigarrillo en el cenicero cuando ella respondió:

—Voy a seguir tu camino. La curiosidad me obliga, pero antes tendrás que decirme de qué manera te has formado esta idea de mí. Contesta con total honestidad o serán mis últimas palabras.

«Aquí vamos», pensé dispuesto a todo.

—Hace cinco semanas, te escuché gritar en el bosque. Te seguí a casa y desde ese día te observo, desde el amanecer hasta que te vas a dormir. Te he visto llorar, reír. He visto cómo te limpias las lágrimas mientras friegas los platos. La manera en que te transformas cuando estás con tus hijos. Te he visto acariciar tu cuerpo frente al espejo, ¿cuándo vas a quitarte la bata y mirar lo hermosa que eres? ¿Cuándo vas a decirle a él que no quieres, en lugar de aceptarlo sobre ti, en ti, mientras desvías la mirada y te muerdes el labio inferior?

—¡Basta!

Ignorando el miedo y la vergüenza que ella debía estar sintiendo, la atacué. Mis dedos volaron sobre el teclado.

—No he terminado, Isabela, no vuelvas a interrumpirme. Aún no contesto tus preguntas. Querías saber sobre tu verdadera

esencia... Yo digo que eres un volcán que lleva demasiado tiempo dormido, pero no por mucho más. Mañana sabes que estaré observando cada movimiento tuyo y lo haré cada día. Tienes dos opciones: delatarme o hacer cada cosa que pida, porque voy a desafiarte hasta que tu erupción haga tambalear los cimientos de esa hermosa y vacía casa que tienes.

Silencio total. Estaba dispuesto a aceptar mi derrota cuando un archivo de audio apareció como una nueva y pequeña esperanza de seis segundos.

—Voy a seguirte el juego. Al menos no voy a aburrirme.

—Gran error. Ya dije que no es un juego.

Los audios siguieron apareciendo.

—¿Qué ganas con esto? ¿Te has propuesto martirizar a mujeres reprimidas? ¿Acaso has apostado con alguien a que podías convencerme de seguir tu juego? No escribas, quiero oír tu voz.

Casi salté de la silla. Estaba en lo cierto con ella. Había mucho más de lo que me había imaginado debajo de su timidez e inseguridad. Tomé los audífonos y, sonriendo, acaté su orden.

—Te he dicho que no es un juego, Isabela, cuanto más rápido lo entiendas, mejor. No apuesto. Nunca lo he hecho. En cuanto a las mujeres, las venero, y mi definición de martirizarlas nada tiene que ver con la tuya. Un día lo descubrirás y ese día lo marcarás en el calendario como el primero de tu nueva vida.

—Eres un creído.

Mis carcajadas se escucharon en toda la habitación. Hacía mucho tiempo que no reía así.

—¿Lo soy? Tendrás que averiguarlo.

—¿Cómo sabes que mañana la policía no estará esperándote?

—No lo sé, y de eso se trata. Tú confiaste en mí al comunicarte a un número en un papel que encontraste en tu bolsillo. Yo voy a confiar en que entiendas que jamás te lastimaría, que solo quiero descubrir a la mujer que me quita el sueño.

—Ahora mismo no sé ni que decir. Esto es acoso. ¿Lo sabes?

—Sí, pero no soy el enemigo. Quiero que veas esto como un regalo, y confieso que hay mucho de egoísmo en él, porque deseo

que esa mujer que escondes me vea como la pieza que falta en su vida.

—¡Estás loco!

—Puede ser, pero te reto a seguir el camino que este loco te señala. Dame un mes. Si en ese tiempo no logro sacar a la luz a esa mujer que reprimes, dejaré de molestarte y jamás volverás a saber de mí.

Fumaba el sexto cigarrillo, a punto de darme por vencido, cuando el sonido tan deseado de la notificación me sacó de mis pensamientos.

—Esto no está bien.

Me levanté de la silla con el corazón a punto de escapar por la garganta. Aplasté la colilla y respondí de corrido.

—Si lo está. Lo único que pido es que me dejes mostrarte que hay otra vida. Mañana dejaré un paquete en tu puerta, y ahora voy a hacerte mi primer pedido. Tienes mucho talento, quiero que lo uses con un nuevo sentimiento. No vuelvas a pintar oscuridad. Piensa que la luz llegó a tu vida. Ya no estás sola. Estoy aquí para ti.

—Debo de estar loca. Estoy mucho peor de lo que creí para aceptar lo que propones. No entiendo que obtienes a cambio.

—Devolverte a la mujer que sepultaron el desamor, la decepción y las humillaciones, ese es mi premio.

—No tiene sentido. Hablas como si me conocieras de toda la vida.

—Solo necesité una tarde para saber quién eres.

—Eso es imposible.

—Dime algo, ¿has imaginado una vida diferente para ti? ¿Has rezado para pedir un cambio en tu vida? ¿Has pensado en el suicidio a pesar de que tienes dos preciosas razones para vivir?

La respuesta a mis preguntas fue un “sí” que apenas pude escuchar sobre el sollozo entrecortado.

—Déjate llevar, Isabela. No tienes nada que perder, pero sí mucho que ganar.

—Tengo miedo.

—También yo, porque creí que ya no había nada para mí, y te encontré. Estoy aterrado, porque la mujer que soñé tiene dueño. Pero, mucho peor, ella es infeliz y muy vulnerable y yo muero de impotencia.

—Tú lo has dicho. Soy una mujer casada. No puedo acep...

—Olvida lo que dije antes —la interrumpí—. Mi egoísmo se hace añicos contra todo lo que representas para mí. Déjame ser tu amigo. No pido nada más que tu permiso para ayudarte. Necesito saber que estás bien.

Pasó una hora y no respondió. Vi mis sueños de un futuro con ella desvanecerse ante mí. Golpeé el escritorio. Me negaba a la idea de dejarla a su suerte. Llegué a la cama como pude: me había quedado sin fuerzas. El vacío de mi pecho dolió más que nunca. Estaba rumiando toda mi frustración cuando el portátil se encendió. Caí de pie ante él. Una sola palabra brillaba en pantalla.

—Acepto.

En alguna parte leí que la felicidad es un estado mental. No lo sabía. Creía que la definición de felicidad se ajustaba a cada persona de forma diferente. Ese día, mi felicidad tenía unos hermosos ojos azules con chispas plateadas, una melena rubia que le rozaba la cintura y un conjunto de seda negro y rojo. La bata, con adornos de encaje, la cubría hasta los tobillos. Adivinaba la camisola de finos tirantes bajo ella, y podía ver el lazo que la mantenía cerrada al frente.

Cogí mi móvil y contuve una sonrisa al ver su sobresalto cuando el suyo vibró sobre la encimera. Miró nerviosa a la entrada de la cocina.

Isabela no sabía que él estaba en la habitación haciendo exactamente lo mismo. Lo veía mirar nervioso a la puerta mientras su rostro se transformaba con una expresión de lujuria. No lograba entender qué clase de mujer ocupaba sus atenciones cuando tenía bajo su techo a mi dulce Isabela.

Él iba a ponérmelo muy fácil. Aunque le dije a ella que nunca apostaba, hice una excepción. Iba a jugármela. Cuando mi hermoso volcán hiciera erupción, él no permanecería ajeno a eso, nadie con sangre en las venas podría hacerlo.

Aposté mi futuro y felicidad a una mujer que, en breve, tendría el poder para decidir su destino. Cuando mi hermosa crisálida se convirtiera en mariposa me daría por satisfecho. Que me eligiera sobre él o cualquier otro sería el plus que había esperado toda mi vida.

Sí, era egoísta, quería más. Ella era la culpable de que no pudiera mantener mi papel de amigo. No había amistad que soportara el embrujo de esa mujer.

Volví a marcar su número y, esa vez, se atrevió a responder.

—*No bagas esto. No me llames cuando él está en casa, por favor.*

Su voz temblorosa me hizo contener el aliento. Colgó la llamada y desapareció de la cocina.

Habían pasado cuatro meses desde la primera vez que había dejado una caja junto a su puerta. Los pinceles y pinturas dieron paso a cuanto regalo había sido creado en este mundo para hacer feliz a una mujer como Isabela.

Nuestras conversaciones en el chat mejoraban a medida que recobraba la confianza. Llegaron a tal punto, que se negaba a tocar temas personales, porque yo leía entre líneas en cada palabra suya y hacía realidad sus anhelos por las cosas simples que adoraba.

Nuestro juego, como ella lo llamaba, había cambiado. La caja de ese día contenía el exquisito conjunto de lencería que llevaba puesto. Las cosas se habían puesto serias la noche anterior. Sus tímidas respuestas, a cada pregunta que accedió a contestar, me dejaron bajo el agua helada a plenas dos de la madrugada.

Esa mujer encendía mi libido con un simple “buenas noches”. No era de extrañar que me dejara a punto de aullar con solo mencionar que en la cama prefería estar arriba. Me la imaginé a horcadas sobre mí y casi pude escuchar el crujir de mis músculos. Ella era mi tormento, mi locura, mi pecado...

Volvió a aparecer en la cocina. Habría jurado que estuvo escondida junto a la puerta todo ese tiempo. Veía muchos avances en ella, pero aún no se acostumbraba a que la observara cada día. En el chat había comenzado a ganarse el *suma cum laude* por atrevida. Expuesta a mi mirada, seguía siendo la chica tímida que apenas se atrevió a levantar la cabeza, el día que desayunamos con el entrañable señor Patel.

Me cercioré de que él seguía atendiendo una llamada en el dormitorio y envié un mensaje a su WhatsApp:

—*Desata la banda. Quiero la bata abierta.*

—*No.*

—*Hazlo, Isabela o iré a pedártelo en persona.*

No podía creerlo cuando la vi fruncir el ceño y mirar con furia hacia el bosque.

«Dios, esto se pone interesante», pensé, y esperé su siguiente paso.

Dejó el teléfono sobre la encimera y se acercó al ventanal. Sus ojos me buscaban en la espesura del bosque. Apreté los prismáticos en mi mano cuando ella desató el lazo, mirando desafiante a la distancia.

Jadeé al ver la bata resbalar hasta sus antebrazos. Una sonrisa de oreja a oreja se dibujó en mi rostro cuando extendió una mano hacia el lateral, a la altura del hombro, y dejó caer la bata al suelo de la cocina. Respiraba entrecortado con la ceja enarcada y los labios apretados. No esperé esta faceta desafiante y mi entrepierna, mucho menos.

«Eres perfecta. Eres más de lo que imaginé, mi preciosa Isabela, solo necesitabas un empujoncito en la dirección correcta», me dije mientras devoraba cada curva que marcaba la seda sobre su cuerpo.

La parte difícil de ser un acosador destruyó mi momento de felicidad. Lo vi atravesar la casa en dirección a la cocina y mi sangre comenzó a hervir. Esperé ansioso su reacción cuando viera el regalo que tenía esperándolo.

Ella estaba de espaldas. No pudo ver el paso hacia atrás que él dio cuando sus ojos la encontraron. Su expresión fue como si se hubiera equivocado de casa y de cocina.

Me llamé a la calma al verlo caminar hacia ella, que ya se había girado. Aunque no podía verla, sabía que apartaba la mirada mientras él le acomodaba el cabello tras la oreja. Gruñí al verlo rodear su cuerpo y besarla. Sus manos se cerraron sobre las nalgas y aprisionó el cabello de ella en el puño.

«No lo abras. No lo hagas, Isabela. Tú tienes el control», pensé al verla inerte en su abrazo. Sus manos colgando junto a su cuerpo.

Suspiré aliviado al ver que él la soltaba y se separaba. La miró como quien sabe que sus amaneceres no volverán a ser lo mismo. Temí una reacción violenta de su parte, pero los niños irrumpieron en la cocina.

Mi corazón se estremeció al ver la mirada de admiración en sus rostros infantiles. De la imagen despeinada que usaba pijamas

sobre tallas, no quedaba nada. Era una visión renovada, una mujer que volvía a saberse bella. La pizca de sensualidad que emanaba de ella era la prueba.

Deseé ser la manita que acariciaba el rubio cabello de Isabela cuan largo era. Las bocas que, entre risas y abrazos, le llenaban el rostro de besos.

La nueva mujer que encontraron no fue suficiente para cambiar la misma rutina de siempre. Él tomó un café de pie mientras revisaba el móvil. Los niños apenas bebieron un yogur, pendientes del momento en que su padre dejara la taza sobre la mesa.

Mi infancia no tenía comparación con nada, pero la manera en que esos chavales intentaban pasar desapercibidos y su afán por hacer las cosas bien, a ojos de su padre, era un comportamiento que conocía de primera mano.

Él se fue con los niños y la casa se sumió en el silencio. Tragué saliva cuando ella miró la mesa. Otra vez se marchaban sin entender su mensaje. Ella se esmeraba preparando un desayuno que disponía para cuatro, cuidando cada detalle, para cada día terminar desayunando sola.

Ella miró las delicias que había preparado como si buscara en ellas la respuesta a su soledad. Marqué su número cuando se sirvió un café.

—Ni una lágrima, Isabela. Toma una bandeja, pon tu desayuno en ella y sal a la terraza.

Esperé a que se sentara y pusiera la bandeja sobre la mesita. Me costaba apartar la vista de la curva de sus generosos senos. Pensé que se cubriría con la bata para salir, pero ella ni siquiera la levantó del suelo de la cocina, donde antes la había dejado.

—Buenos días, mi bella Isabela. ¿Es decepción lo que veo en tus ojos? —pregunté al ver su expresión a través de la pantalla.

—Creí que vendrías.

Sonreí sin poder evitarlo. Mi volcán estaba despertando.

Las horas en el chat comenzaban a dar sus frutos. Su seguridad, la frescura que poco a poco sustituía la timidez, me hacían sentir felicidad y orgullo a partes iguales.

—*¿Me querías a tu lado en esa terraza?*

—*Debo estar loca.*

—*Responde mi pregunta, Isabela.*

—*Sí.*

—*Gánatelo.*

—*¿Qué debo hacer?*

Su pregunta estuvo a punto de hacerme caer del árbol que cobijaba mis insensateces. Pensé que escucharía un no rotundo y ella, otra vez, me sorprendía.

—*Primero, come tu desayuno. Después, voy a enviarte mi nombre completo y el enlace a una página web. Quiero que investigues sobre mí, para que tengas una idea de con quién estás tratando.*

—*Ya sé quién eres.*

—*Solo conoces la parte de mí que te he dejado ver. Esto que vas a leer es mi vida entera. Soy un ser humano. También cargo con mi cuota de errores.*

—*No busco perfección. Lo hice antes y me equivoqué. Aunque soy pésima juzgando a las personas, en ti confíé desde el primer día. No puedo explicarlo, es solo una sensación y no quiero perderla. Prefiero no leer sobre ti.*

—*Necesito que lo bagas. Si crees que deberías seguir con esto después de saber todo de mí, entonces, voy a pedirte que hoy no te detengas, que te desnudes ante el espejo y observes lo hermosa que eres.*

—*No puedo.*

Esas palabras, dichas en un sollozo, me estremecieron.

—*Puedes, y te ordeno que lo bagas. Me he preguntado muchas veces por qué solo te observas. Siento tu lucha. Quieres hacerlo, pero aún no te atreves.*

—*Me avergüenza mi desnudez.*

Resoplé al ver que miraba las manos, que retorció sobre el regazo.

—*Levanta la cabeza, Isabela. Eres perfecta. Descubre el placer de tu cuerpo. Quiero que el día que dejes de verme como amigo, y decidas ser mía, seas capaz de pedirme todo lo que te gusta.*

—*Si después de leer lo que me pides decido que no quiero seguir, ¿respetarías mi decisión?*

—*Lo haría sin dudar. No lo olvides, yo ordeno, pero tú tienes la última palabra.*

—*Voy a entrar a la casa. Hace frío.*

—*Sí, ya me di cuenta* —respondí con una media sonrisa que la hizo bajar la vista a su pecho.

Los botones contraídos contra la seda de la camisola se definían perfectamente. Sus mejillas sonrosadas me hicieron suspirar.

—*Tendrás mi respuesta hoy.*

—*La esperaré con ansias, mi bella Isabela.*

Las horas más lentas de mi vida pasaron ante mis ojos. Intenté no pensar en negativo. No la encontraba en ninguna habitación. Supuse que estaba en el salón principal, una de las habitaciones de la casa a la que no tenía acceso. Me consolé con el pensamiento de que la mujer que me había desafiado desde el ventanal de la cocina, no se asustaría con la historia de un hombre que se cansó de una vida vacía y decidió hacer algo bueno para redimirse.

Deseé que mis actos del último año borrarán el efecto de diez desenfrenados y cuestionables. Mi madre no estaría de acuerdo con esta decisión, pero no quería que Isabela entrara engañada en mi mundo. Quería que me viera como el ejemplo de que una vida sin sentido podía y debía ser cambiada.

Un movimiento en la casa me puso en alerta. El bosque repitió mi gemido al verla ante el enorme espejo de su habitación. Pensé que se quitaría la camisola, pero se había cubierto otra vez de pies a cabeza. Si pudiera, destrozaría ese conjunto que había comprado para ella.

Me resigné a que su mensaje de negativa venía implícito en la manera en que había escondido de mis ojos la blancura inmaculada de su piel. Prometí que aceptaría su decisión, pero, en ese instante, solo podía pensar en echar su puerta abajo y besarla hasta que entendiera que era yo el que la necesitaba desesperadamente en mi vida.

Minutos que parecieron eternos se miró en silencio. Tragó en seco al ver las lágrimas correr por sus mejillas. Estaba a punto de gritar de frustración cuando ella se llevó la mano al lazo en su cintura y lo desató de un tirón.

Dejó de respirar y abrió la boca como un tonto cuando deslizó la bata por los hombros y la dejó caer al suelo. Todo el aire contenido en mis pulmones escapó ruidosamente, al distinguir con total claridad la plenitud de sus formas.

Estaba desnuda bajo la bata, y eso ni siquiera lo imaginé. Se contemplaba al espejo temblando como las hojas que me rodeaban. Gemí al ver sus manos deslizarse tímidamente por todo su cuerpo. Apreté la corteza bajo mis dedos cuando se acercó a la cama y se dejó caer de espaldas en ella.

Jadeé como nunca sin apartar los ojos de aquel cuerpo que se arqueaba de placer sobre la manta. Mis gemidos se sincronizaron con los de ella. Respiraba al mismo ritmo del pecho que subía y bajaba descontrolado. Sus manos, ¡oh, Dios! Deseé experimentar lo que sentían las yemas de sus dedos. Ansié escuchar los sonidos de una entrega que me había dejado en un puro temblor.

Mi cuerpo no respondió al férreo control con el que fue entrenado. Abrí la cremallera con desespero y me dejé ir con ella. Mi gruñido me sorprendió: lo que esa mujer había desatado era un animal dominado por los más bajos instintos.

Le clavé los ojos hasta que llegó al ventanal. Otra vez su mirada me buscaba. Vi el móvil en su mano y, segundos después, el mío vibró en el bolsillo.

—*¿Qué sigue, William?*

Mis carcajadas hicieron volar las aves alrededor.

Ella siguió con la mirada el emplumado revuelo y una sonrisa se dibujó en sus labios.

Sabía que no podía verme. No me importó que tuviera una idea aproximada de mi escondite, porque sus ojos siempre mirarían en mi dirección.

—*Espero que seas consciente de lo que acabas de hacer.*

—*Hice lo que me has pedido.*

—No, mi dulce Isabela. Has puesto mi vida de cabeza. Supongo que estás preparada para el siguiente nivel.

—Me pregunto cómo nos deja esto.

Ya no había timidez en su voz, solo curiosidad y, para mi deleite, una pizca de provocación.

—No cómo amigos, eso tenlo muy claro.

—Bien, porque ya no quiero ser tu amiga. ¿Qué pasará ahora? Creo que me he ganado algo bueno después de esta locura.

Suspiré aliviado. Isabela se liberaba de sus ataduras. Cada barrera que caía me desarmaba.

—Mañana encontrarás otro paquete en tu puerta, úsalo para mí. No prepares ese desayuno especial de cada día, solo lo básico.

—Me siento engañada, pensé que obtendría algo más que lencería erótica.

Contuve las ganas de reír, de gritar mi alegría al mundo. Mi volcán cada vez me recordaba más al Vesubio.

—Cuando se marchen, te espero en la terraza. Yo me encargo del desayuno. Lo que te has ganado, lo quiero escuchar de tu boca. Atrévete a pedirlo y lo obtendrás, mi bella Isabela.

5.

Ese día lo marqué en mi calendario. Había visualizado todos los escenarios posibles a fin de contener mi ansiedad, de asegurarme de que no iba a echar a perder la oportunidad que había esperado por años.

Mentiría si dijera que no sentí miedo. Temía a las preguntas que una mujer tan cauta como mi Isabela me tendría preparadas. Me preocupaba que a última hora se arrepintiera de su audacia y destruyera mis sueños de futuro.

Él se marchó con los niños y yo me instalé en su lujosa terraza. Dispuse el desayuno gourmet de uno de mis restaurantes preferidos sobre la mesita y me recliné en una de las tumbonas a esperarla. Cada minuto parecía una hora. Con las manos tras la cabeza y las piernas cruzadas, intentaba calmar mi mente.

El sonido de la puerta y las tímidas pisadas pusieron a mi corazón a latir desenfrenado. La bata azul la cubría. Me incorporé, y quedé a horcajadas sobre la tumbona. Imaginé el conjunto de lencería a juego bajo esa cascada de seda. Me preparé para todo, incluido su rechazo, pero no contaba con esa mirada entre anhelo y temor. El deseo se imponía al miedo, lo veía en sus ojos, y no me atrevía a creerlo.

—Buenos días, Isabela.

—¿Lo son?

Tragué saliva. Sin dudas, se refería al encontronazo con su esposo. Sabía que él no permanecería impasible a la nueva mujer que lo esperaba cada mañana en la cocina. Supuse que intentaría recuperar su amor, que haría malabares para seducirla. Si fuera él, lo habría hecho; pero ese imbécil le gritó cosas que no pude escuchar. La miró con desprecio después de tomarla por los brazos y sacudirla, consciente de que ella ya no estaba bajo su dominio. Di gracias a Dios de que no la golpeará, porque nada ni nadie en este universo lo hubiera salvado de la paliza de su vida.

—Que lo sean solo depende de ti —respondí.

—No puedo más.

Extendí mi mano hacia ella. Si la aceptaba, contaría como la primera vez que la tocaba.

—Confía en mí —dije al ver su mirada preocupada vagar de mi rostro a mi mano.

Sus dedos se deslizaron por mi palma y atrapé su muñeca. Un pequeño tirón, y la senté sobre mis piernas. Podía notar su cuerpo contraído, escuchar el sonido entrecortado de su respiración.

—¿Me temes?

—¿Es cierto todo lo que has escrito?

—Lo es —respondí, consciente de la manera en que ella evadió mi pregunta.

—No te juzgo. No soy perfecta. El mal está en cada uno de nosotros.

—Así es, pero lo importante es sobreponerse a él.

—Quisiera tener el valor para cambiar mi vida como tú lo has hecho —dijo en un susurro.

—Lo estás haciendo. Tu problema no es tener valor, es descubrir exactamente lo que quieres cambiar, e ir a por ello.

—Quiero dejar de ser invisible. Quiero ser deseada, amada. Quisiera volver a hacer las cosas que me gustan y que he abandonado por demasiado tiempo.

—Pide, Isabela, mereces ser escuchada.

—Ya lo hice. Perdona que lo diga, pero intenté que él me entendiera. Le pedí recuperar lo que hemos perdido. Tuve mucho miedo de lo que un desconocido despertó en mí e intenté regresar a lo seguro, a lo que creo correcto.

Escuché su decepción, su derrota, en el suspiro de frustración que escapó de sus labios entreabiertos y contuve las ganas de gritar de alegría.

—Ya viste el resultado de la última conversación en mi cocina, al amanecer. Pedir no dio resultado.

—Porque estás pidiéndole al hombre equivocado. Pide y haré lo que sea para complacerte.

Necesité de todo mi control para contener la reacción de mi cuerpo al temblor que recorrió el suyo. Sabía que debía ir despacio, evitar asustarla más de lo que ya estaba, pero con mi bella Isabela era imposible. La mujer que intuía bajo las capas que había creado para protegerse ponía mi cuerpo y mi mente en estado febril.

—Estoy confundida. No logro entender como he llegado hasta el punto de sentarme sobre las piernas de un hombre que apenas conozco. Me avergüenza haberme mostrado desnuda a tus ojos, haber...

Puse un dedo sobre sus labios.

—No has hecho nada mal.

—Lo he hecho... es la verdad —dijo al verme negar con la cabeza—. Me he comportado como una loca. No me gusta cómo me haces sentir.

—Isabela, ni siquiera tienes el valor de mirarme cuando me hablas. ¿Sabes por qué? Porque te engañas. Te gusta la mujer que yo he despertado.

—Es diferente cuando chateamos o cuando sé que me observas en la distancia. Es muy fácil ser una fresca cuando no te miro. La vida real es otra cosa.

—Por supuesto. La vida real es donde eres infeliz con un hombre que ya no soportas. Donde vives minuto a minuto la misma rutina vacía. Donde no has tenido el sexo alucinante que has deseado. Es cada día que pasa y no te atreves a desempolvar los pinceles que te regalé y pasas las horas mirando ese horrible cuadro.

—¡Ya basta!

—¿Sabes cómo le llamo a esa pintura que contemplas cada día?... Agonía. —Ella intentó levantarse. La retuve sobre mis piernas y la obligué a mirarme—. Tú lo pintaste tal como lo sientes.

—Crees que lo sabes todo de mí, pero te equivocas.

«Ya fue suficiente», pensé atrayendo hacia mí ese cuerpo que no dejaba de temblar.

Ella no necesitaba un caballero. Si me aceptaba en su vida, tenía que conocer todo de mí, entender que renunciar a mi pasado

no implicaba reprimir la pasión que ella me inspiraba. Quería que me viera como el hombre que colmaría su vida vacía. No iba a pedir por favor, no iba a darle tiempo y espacio, ella no lo necesitaba.

Con la habilidad que generaba la práctica, la dejé a horcajadas sobre mis piernas. Ignorando su expresión asustada, le abrí la bata y la empujé a la tumbona. Destrocé el conjunto de encaje negro y azul que se interponía entre mis ganas y el cuerpo tan deseado. Parecía asustada, pero ni una palabra salió de sus labios. Era la luz verde que estaba esperando.

Mi boca alcanzó su piel desnuda. Apreté en mis manos la exuberante redondez de sus pechos. Mordí, chupé, los botones rosa que me obsesionaban desde que los vi por primera vez a través de mis prismáticos. Levanté la cabeza y busqué su rostro. Me enloqueció la manera en que se mordía los labios. Mis dedos encontraron su sexo, y me perdí en ella sosteniendo su mirada.

—Esta vez, quiero escucharte. Quiero ver tus ojos cuando te corras para mí. Regálame una entrega que me quite el sueño de por vida.

—William, no puedo hacer...

El tenue gemido interrumpió sus palabras. Mis dedos, ensañándose en el más sensible botón de su cuerpo, la hicieron olvidar la vergüenza y el miedo.

Mi mente me bombardeaba con los recuerdos de los mensajes que compartíamos. Me recordó el momento exacto en que ella confesó que se masturbaba acostada en la cama junto a él, que prefería hacerlo antes de que la tocara, que era experta en orgasmos mudos; pero eso se terminaba en ese lugar, en ese instante.

—No, no cierras los ojos, mírame. Grita, por favor.

Negó con la cabeza y apartó la mirada.

—Déjate llevar, Isabela. Abre la boca y respira profundo por ella.

En el momento en que lo hizo, mis dedos invadieron su cuerpo, justo hasta presionar el punto G. El gemido que escapó de su boca nos sorprendió a ambos.

Mi cuerpo se contrajo ante la súplica en esos ojos azules. No necesité más, puse las manos bajo sus nalgas y la levanté hacia mí.

El grito de Isabela, al sentir mi boca recorrer hasta el último rincón de su sexo, despertó algo primitivo en mí, algo que en otra época, y con otra mujer, me hubiera asustado.

Sus gemidos, aferrada al borde de la tumbona, acabaron con mi razón. Chupé el sensible botón, lamí hasta el último centímetro de su sexo, mientras ella se retorció entre mis manos. Isabela estaba a punto de un orgasmo con el que yo había soñado cada noche. La sostuve como pude. Necesitaba sentir el palpitar de su carne cuando el momento llegara.

Dejó de resistirse. Se entregó a sentir y yo reventé de deseo con solo ver y oír la pasión de esa nueva mujer. Sus gemidos se convirtieron en sollozos cuando su cuerpo se contrajo entre mis manos.

La atraje hacia mí y besé su boca, como si fuera lo último que haría en mi vida. Estuve a punto de gritar de alegría cuando sentí sus manos perderse en mi cabello.

La abracé hasta que se calmó, acaricié su cuerpo con una delicadeza contraria al desenfreno de minutos antes. Cuando sus ojos me buscaron, me levanté con ella en brazos. La dejé sobre el suelo de la terraza y le cerré la bata.

—No te prometo la vida perfecta, pero vas a ser amada y deseada como nunca nadie lo ha sido. Puedo darte todo lo que has soñado y más, es tu decisión. No volveré a buscarte, mi bella Isabela. Tienes mi número, ahora depende de ti.

—No, no te vayas.

Me obligué a ignorar sus deseos, su desconcierto ante mi actitud. Ella merecía más que sexo de ocasión. No iba a arriesgarme a que pensara que podía tenerme, y a él. Conmigo era todo o nada aunque dejarla doliera a rabiar.

Salté sobre la barandilla. Me perdí en el bosque en una lucha a muerte contra las ganas de voltearme a verla.

6.

Han pasado tres meses y nueve días desde que la tuve en mis brazos en aquella terraza. Ni siquiera una llamada. Me consolé pensando que, al menos, aposté todas mis cartas. Perdí, pero lo hice luchando hasta el último minuto, y fue una batalla que valió la pena pelear.

Fue difícil resistir la tentación de volver a mi lugar de observación, pero no iba a faltar a mi palabra. Mucho menos a torturarme al verla viviendo la vida de la que quiso huir.

Me ahogué en trabajo para sacar a mi bella Isabela de mi mente. Fue en vano, todo me la recordaba. Ya no iba de compras al súper donde por primera vez hablamos: temía encontrarla o que el bondadoso señor Patel me preguntara o hablara de ella.

Había perdido mucho en mi vida, pero nada me dolió más que su rechazo. La oportunidad de tener las cosas que ni siquiera me había atrevido a soñar, y que con ella creí posibles, se esfumó.

Escribí sobre nosotros en mi blog. Tenía que hacerlo. Había contado mi vida entera en él e Isabela era una parte pequeña, aun así, muy importante de ella. Vacíé mi alma en el último artículo. Lo hice por ambos. Después de leer tantas historias oscuras, esperaba que hubiese leído lo que su efímera presencia me causó. Fue un último y desesperado intento por atraerla a mi vida... y fallé.

Mi madre me esperaba para almorzar. No lo había mencionado, pero sabía que había leído lo que escribí y, por cómo se comportaba, debía parecerle que necesitaba que recogieran los pedazos rotos de mi corazón; sin embargo, no era así. Siendo sinceros, llegué a pensar que el rechazo de Isabela era el merecido castigo por tantas mujeres que lastimé, de una manera u otra, a lo largo de mi vida.

El timbre de la entrada detuvo mis pensamientos. El auto de una compañía de entregas apareció en la pantalla. Salí y esperé a que se detuviera en la entrada principal. Después de un rápido saludo, el conductor sacó de la parte trasera un paquete.

No había ordenado nada y las dimensiones de esa entrega desataron mi imaginación.

El hombre se acercó a mí. Juraría que vi una media sonrisa en su rostro. No le di importancia, pero su nerviosismo me hizo sentir incómodo.

—No he pedido nada.

—Firme, por favor. Ella insistió en que lo aceptara.

«No te atrevas a mandarme un regalo de despedida, Isabela. No lo hagas. No invoques al hombre contra el que lucho cada día», pensé con el ceño fruncido, y el corazón latiendo descontrolado en mi pecho, mientras firmaba los documentos.

Cerré la puerta y rasgué la envoltura. Los tonos verdes y naranjas de una pintura abstracta me hicieron dar un paso hacia atrás. Un sobre cayó al piso. Mi mano temblaba cuando lo levanté. Las palabras comenzaron a tomar forma ante mis ojos:

Este se llama Esperanza. Es mi primer regalo para la casa que compartiremos. La pintura que sabiamente bautizaste Agonía, la quemé cuando lo abandoné.

Me gusta tu terraza. Ya me imagino tomando el café, sentada en tus piernas.

Como tú, también me gusta nadar en las mañanas.

Quiero la habitación con vistas al lago para mi estudio de pintura.

La música que escuchas mientras cocinas me parece perfecta. Encarga un delantal a juego con ese tan chulo que tienes, porque a partir de hoy cocinaremos juntos.

Me quedé sin aliento, y es que había dejado de respirar con cada palabra. El toque en la puerta me estremeció.

«No sueñes. No te adelantes, William, y el dolor será menor», pensaba mientras me acercaba.

La figura en el umbral sonrió tímidamente y yo perdí el control cuando se arrojó a mis brazos. La fundí a mi cuerpo para asegurarme de que no era una ilusión. La arrastré al interior de la casa, besándola, acariciándola, con el desespero de quien se creyó

perdido para siempre en la oscuridad de sus días, hasta que el sol apareció en su puerta.

—No es un sueño. ¿Cómo estás aquí?

—No lo es —sonrió Isabela—. Vine en el auto de la entrega. Me costó mucho convencer al conductor.

Volví a besarla. Me quedé con ella entre mis brazos, sintiendo el latir de su corazón, escuchando los gemidos que había recordado cada día. Fue entonces que sus palabras volvieron a mi mente.

Esa mujer sabía cosas de mí que jamás había escrito. Supuse que era imposible acceder a mi casa, pero ella lo había hecho. ¿De qué otra forma podría saberlo? Si había logrado colarse en mi propiedad, iba a demandar a mi compañía de seguridad.

—Tienes que explicarme cómo sabes las cosas que escribiste. Soy un fanático de la privacidad.

—Cosa rara, teniendo en cuenta que no respetas la privacidad ajena.

—*Touché*, mi bella Isabela.

—Fue tu madre. Ella me dio toda la información. Me trajo a la casa.

—No imagino a mi madre haciendo algo así. Ahora, más que antes, tengo miedo de que esto sea un sueño.

—Fui a verla. Le dije que yo era la mujer de tu último artículo. Ella solo tuvo que mirarme para saber que estaba lista para aceptar todo lo que me prometiste. ¿Siguen en pie tus promesas?

La mirada provocativa, con ese mohín de su preciosa boca, me hizo reír. La levanté en brazos y caminé a las escaleras.

—Voy a darte una pequeña muestra de hasta donde se mantienen en pie mis promesas, pequeña fresca.